

CHUCK NORRIS

Cada civilización tiene su mitología que describe con cuentos, personajes y moralejas, la categorización de sus valores. Los griegos tendrían a su Casandra, Cupido, o Narciso, como los judíos, a su Adán, Abraham, o como nosotros a Robin Hood, Bambi, o Superman. Las historias nos describen que actitudes consideramos mejores o peores. Steven Seagal, Sylvester Stallone, John Wayne, o Charles Bronson, nos justifican el autoritarismo del impaciente ante los frustrantes ritmos de la ciencia y la democracia. Nos cuentan historias de malos malísimos que utilizan las bondades del sistema político de los buenos buenísimos, para cometer sus fechorías, ante lo que es legítimo, según estas historietas, ocasionalmente saltarse los propios sistemas por un fin mayor. El fin justifica los medios, la causa justa es tolerante siempre que la estética sea agradable.

Si la ciencia no obtiene el resultado que necesitamos, ante la impaciencia, con la correspondiente estética, acudimos a la homeopatía, a la astrología, o al ecologismo. No podemos esperar una solución parcial, años de pruebas clínicas, la indeterminación del futuro, o la renuncia a un resultado probable. No toda pregunta tiene respuesta, ni las respuestas lo son de preguntas correctamente formuladas. La realidad es interminable, difusa, confusa, compleja, y no se ajusta a los patrones que nos tranquilizan. Si la democracia no obtiene el resultado que deseamos, ante la impaciencia, con la correspondiente estética, acudimos a la perversa justificación transgredir los medios para un mejor fin. La causa, la patria, el credo, se sitúan por ese medio sobre los sistemas que nos hemos dado para evitar que haya una Verdad, obligando a negociar entre verdades.

La ciencia y la democracia conviven con la indeterminación, la duda, la contradicción, el error, y de su dinamismo y adaptabilidad, su fuerza, pero también su debilidad, asediada por los impacientes que las utilizan para sus causas. Es más fácil el atajo que el farragoso sistema, y ante el deseo o el miedo, el fin justifica los medios. Cada tribu tenía su tótem, y tras miles de años de guerra y alianza entre ellos, las verdades de cada tótem deben negociar en un mundo globalizado e hiperpoblado: no hay opción a la democracia, que es la ponderación de realidades virtuales por las que cada cultura categoriza los valores.

La impaciencia y el miedo a la casualidad, a la amenaza, a los demás tótems, a la ausencia de patrones, nos lleva a aprobar democráticamente leyes antidemocráticas, o aceptar como verdades científicas afirmaciones paracientíficas. El supuesto es siempre que a la democracia y a la ciencia hay que ayudarlas, protegerlas, y bajo la excusa de la eficacia, justificamos partidocracias y discriminaciones. Nuestra mitología contemporánea describe las situaciones en las que por el bien de la democracia, cabe la autocracia.

Leyes antiterroristas ante la desconfianza y la impaciencia hacia la democracia, leyes discriminatorias contra los hombres ante la alarma de la violencia de género, leyes fiscales, referéndums de autodeterminación ante la voluntad popular, declaraciones de independencia ante afrentas históricas, tanto como calentologías, o ufologías, pretenden la democracia y la ciencia como medio para sus causas, pues les frustra que haya más verdades con las que negociar una concepción conjunta y negociada de la categorización de la realidad. Las líneas rojas son distintas para cada negociador. La Voluntad Popular y el Saber Popular excusas para sortear norma y método, establecido para evitar la

manipulación de las primeras por el interés particular o identitario. A más impaciencia, a más temor, a mayor deseo, a más dudas, más democracia y más ciencia, en vez de atajos, apoyos, o convicciones.

Ni Schwarzenegger ni Bush firmarían este artículo, pero tampoco los nacionalistas, los socialistas, los católicos, las feministas, o los ecologistas, instalados en la discriminación justificada, que llaman positiva, pues sus causas importan más que el sistema que nos permite que esa causa no sea la Verdad, cuando para ellos la línea roja de su causa es el límite de su capacidad negociadora con otros que también tienen su Verdad. Ser democrático o científico es una actitud mucho más allá que sus formas.

<http://www.bartolo.com.es> <http://www.ecoliberalismo.com>